

---

## Las operaciones de mantenimiento de la paz de la ONU

LAS GRANDES ESPERANZAS de un orden mundial más pacífico que despertó hace sólo tres años el final de la guerra fría han quedado defraudadas por el derramamiento de sangre en lugares tan diferentes como Yugoslavia, Kuwait, Armenia, Somalia y Liberia. Se recurre cada vez con más frecuencia a las fuerzas de paz de las Naciones Unidas para prestar una amplia variedad de servicios: verificación de treguas, mediación en conflictos, incluso control de elecciones. Pero en algunos de los campos de batalla, la probabilidad de éxito de

los *casco azul* parece escasa.

Más que poner de manifiesto los fallos inherentes de la ONU, el panorama poco prometedor en Bosnia y Somalia refleja el hecho de que las esperanzas puestas en la organización exceden con creces su capacidad real para actuar. Los Estados miembros de las Naciones Unidas no han prestado a la organización mundial el apoyo financiero ni los medios políticos necesarios para que puedan exigir una posición central en el sistema colectivo de seguridad.

Si las Naciones Unidas quieren

llevar a cabo el papel que se les ha asignado, sus miembros tendrán que lograr avances en tres frentes:

- a. crear una fuerza de paz permanente y bien entrenada, compuesta por individuos reclutados directamente, para sustituir a las fuerzas *ad hoc* formadas por contingentes aportados por los Gobiernos nacionales;
- b. dar un énfasis mucho mayor a la diplomacia preventiva a través de la creación de comités permanentes de resolución de conflictos para todas las regiones del mundo y otorgar al secretario general autoridad para enviar observadores no armados o fuerzas de paz a cualquier área donde la intensificación de las tensiones amenace con estallar;
- c. aportar recursos financieros y de otro tipo acordes con las misiones que se estén llevando a cabo.

Pero, además hay que reducir las posibilidades de que se cometan acciones violentas a gran escala. Sacrificar los arsenales militares en todo el mundo es una condición previa para que las operaciones de paz y la resolución no violenta de conflictos tengan éxito. El fácil acceso a las armas significa a menudo que los Gobiernos recurrirán a ellas para resolver disputas con otros Gobiernos o con la oposición interna, en vez de intentar negociar difíciles compromisos políticos sin los cuales es imposible alcanzar soluciones duraderas. Mediar en enemistades hereditarias muy arraigadas ya es lo bastante difícil en las mejores circunstancias. Pero

en un mundo armado hasta los dientes es probable que cada una de las partes en una relación de adversarios vea las fuerzas y las intenciones del enemigo bajo el prisma de la peor hipótesis posible, lo cual dificulta aún más la aproximación de posturas. En la guerra civil somalí, por ejemplo, las operaciones de paz, e incluso la distribución de la ayuda humanitaria, se ven enormemente dificultadas por el hecho de que las bandas armadas pueden recurrir a las grandes reservas de armas abastecidas primero por la antigua Unión Soviética y más tarde por Estados Unidos en sus esfuerzos por atraer a su respectiva esfera de influencia en Somalia.

Por consiguiente, si no queremos que las misiones de paz corran la misma suerte que Don Quijote, deben ir acompañadas de unas barreras significativas a la producción, la posesión, el comercio y el uso de armas, y lo que podría ser más importante, de la transferencia hacia fines civiles de los recursos humanos, técnicos y monetarios destinados a fines militares, un proceso conocido como reconversión de armas.

### Ventajas

La reconversión de fábricas de armas, laboratorios de investigación y bases militares, y la reintegración en la economía civil de los trabajadores de la industria de armamento y de los soldados desmovilizados, implica diversas

tareas, como hacer inventario de la mano de obra especializada y el equipo de cada instalación, realizar estudios de mercado para identificar productos y servicios civiles viables, encontrar nuevos usos para aeropuertos, puertos y otras instalaciones militares, y reclamar el personal cuando sea necesario.

Las ventajas de la reconversión son triples: reduce la disponibilidad de las armas, sirve como medida para infundir confianza, puesto que muestra las intenciones pacíficas de un país, y libera importantes recursos para su uso civil. Y es probable que la mayor disponibilidad de recursos para fines humanos y necesidades medioambientales reduzca a su vez la posibilidad de ocasionar o agravar conflictos.

La reconversión, a pesar de ser una perspectiva prometedora, sigue siendo en gran medida un concepto no probado. Aunque es posible que sea difícil reconvertir algunas instalaciones demasiado especializadas o demasiado contaminadas, el verdadero obstáculo tiende a ser de naturaleza política.

Las autoridades locales y los sindicatos han manifestado un gran interés, pero, por lo general, carecen de poder para llevar a cabo una política de reconversión. Por el contrario, los Gobiernos nacionales dejan en manos de las empresas la forma y la ejecución del ajuste a los recortes en el gasto militar.

Los fabricantes de armamentos se han mostrado muy reacios a aceptar la reconversión porque representa una amenaza para sus

lucrativas operaciones y porque daría a los trabajadores y a las comunidades más voz en proceso de ajuste de la que aquéllos están dispuestos a aceptar. Por el contrario, prefieren el camino de la consolidación y la diversificación: deshacerse de parte de los activos militares, adquirir empresas de orientación civil o desarrollar tecnologías de doble uso (es decir, con aplicaciones militares y civiles).

A diferencia de la reconversión, esta estrategia suele ir acompañada de cierres de fábrica y despidos. Entre 1986 y 1989, se perdieron en Estados Unidos cerca de 140.000 empleos en la industria de la defensa, y es probable que para 1995 se hallan perdido entre un millón y 1,5 millones más. La industria militar de Europa occidental se deshizo a finales de la década de los 80 de unos 100.000 puestos de trabajo, de un total aproximadamente de 1,5 millones, y es posible que de aquí a 1995 se pierda otro medio millón más.

En total, al final de la guerra fría había en todo el mundo, aproximadamente, entre 16 millones y 20 millones de personas empleadas en las industrias militares, 30 millones en las fuerzas armadas y varios millones más en la burocracia militar. Poner a trabajar a todas esas personas, muchas de esas con un alto grado de especialización, en la preparación de la paz y no de la guerra sería una señal inconfundible de un orden mundial verdaderamente nuevo.

Una política de desarme y reconversión liberaría suficientes recursos financieros como para dar el impulso que tanto se necesita no sólo a varios presupuestos civiles, sino también a una fuerza de paz permanente. Entre 1948 y 1992, las Naciones Unidas gastaron cerca de 8.300 millones de dólares en misiones de paz —una cantidad insignificante si se compara con los cerca de 30 billones de dólares destinados a fines militares tradicionales a lo largo del mismo período—.

Los gastos en operaciones de paz están ahora en un nivel históri-

co de 2.700 millones de dólares, pero es muy posible que sea necesario duplicar o triplicar esa cantidad en un futuro próximo para adecuar el nivel de financiación.

Incluso a esos niveles tan elevados las operaciones de paz serían el negocio del siglo, comparadas con la enorme cantidad de recursos que absorben las máquinas militares del mundo. Y lo que es más importante, los ahorros se calcularían no sólo en dólares, rublos o pesetas, sino también en la valiosa divisa de la sangre humana. ☉

*Michael Runner*